

La escultura de una escultura

POR PATRICIA KOLESNICOV

Etiquetado como: *Edición Impresa*

¿Habrás pensado en Facebook, en Instagram cuando imaginó la obra? Marta Minujín ¿habrá entendido la tentación de hacerse una fotito que iba a causar su lobo marino 2.0? ¿Habrás creído que la eficacia de una obra hoy se mide en selfies?

Minujín hizo una escultura a su manera, frágil, pensada para ser desgastada por las olas y el viento y el frío del mar. Pero pegó. Así que del papelito de alfajor, la piel del lobo pasó al metal dorado (dorado, no oro) de la inmortalidad. “Efímera y eterna”, dice la artista, como si eso fuera posible, como si su consagración –“eterna”–, no barriera su intención original.

Es que Minujín no hizo la escultura de un lobo marino sino la escultura de la escultura de un lobo marino. Hizo la escultura de un ícono de la ciudad y usó como materiales otro: los Havanna. Y la hizo cuando el lobo original y esos alfajores que había que llevar en la valija son parte del al pasado. La Bristol está semiprivatizada o en decadencia, de los barcos de la rambla no queda nada, en las escaleras hay olor a pis, Havanna es una multinacional y no hace falta ir a Mar del Plata para comprar alfajores. Pero juntos son dinamita: lobo marino más alfajor da “Mar del Plata” desde lejos.

Minujín cita al lobo “original” como si fuera una frase, cita al alfajor y hace con ellos una obra sobre el turismo masivo. Tiene en cuenta nuestra mirada siglo XXI: una mirada irónica y distante que se regodea en el lugar común. Por eso pegó, por contemporánea. La selfie es parte de la obra.

Ahora ganó en metal, en institucionalidad, y perdió en sponsor: el lobo eterno, el alfajor universal. Ya es un monumento.